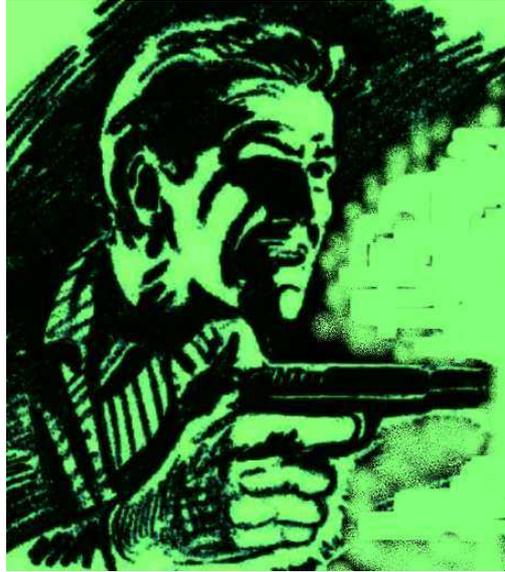


UMBRAL DE LAS TINIEBLAS

de Carlos M. Federici

38. EL VIRUS DE LA VIOLENCIA



UN PAR de semanas atrás, en Bucarest, había concurrido a un simposio centrado en la figura de Ingmar Bergman, a quien desde hacía algún tiempo se había vuelto a colocar en un lugar de preeminencia, tras el forzado ostracismo en el que permaneciera por espacio de los últimos cuatro o cinco años.

Los organizadores del seminario, casi todos estudiantes universitarios o integrantes de agrupaciones filodramáticas, se impusieron el deber de ensalzar al máximo la personalidad del famoso autor y director, presentándolo en sus aspectos más destacados, como genial realizador de un cine ya convertido en clásico, eximio dramaturgo, etcétera.

Confieso que acudí más por razones derivadas de mi concepto de unas saludables relaciones públicas, que llevado por un interés que Bergman jamás había llegado a despertarme. Sin embargo, uno de los fragmentos de sus filmes, que se exhibió entre otros varios, tuvo la virtud de impactar profundamente en mi sensibilidad. Aquellas punzantes escenas de *Vergüenza*, cuando el tímido e hipersensitivo personaje se ve transfigurado por la irrupción en su vida de la desconocida violencia, a la que llega a adaptarse, y aun a aficionarse —como una sombría crisálida rasgándose en su interior—..., aquello me impresionó, sin duda; pero no le concedí más crédito que el de una alteración poética de la realidad, en beneficio del concepto artístico del *auteur*.

...**A** HORA, con la culata de mi Browning High-Power envuelta en el puño viscoso de sudor, apuntándole a otro hombre directamente al cráneo, sin detenerme a reflexionar si existía o no un motivo para proceder de ese modo, me sentía infectado por una salvaje oleada de violencia invasora, que impregnaba cada una de mis células y me obligaba a accionar a base de reflejos. No me molestaba escrúpulo alguno... ¡Y éste era yo, que apenas o nueve meses antes estaba en cama invariablemente a las nueve o diez de la noche, sin más perspectivas de aventura que las alternativas de una película televisada o los recovecos de mi libreta de apuntes!...

NINGUNA de estas consideraciones consiguió abrirse paso a través de la niebla de roja exaltación que me dominaba... Sólo experimentaba la satisfacción de humillar a ese individuo a quien detestaba. Mi exagerada estatura, que por lo general me acomplejara, ahora servía para agujonear mi pervertida sensación de superioridad sobre Kurt Vodde... Creo que incluso habría llegado a dispararle, de haber mediado la menor provocación de parte suya.

—¿Linda noche, eh, amigo Vodde? —le dije, sañudamente.

Pegó un salto al sentir el frío del acero contra la nuca. Luego se volvió y me miró con dureza.

—¿Qué es lo que pretende? —inquirió.

Al verlo así, de frente, un poco levantada la cabeza para poder mirarme cara a cara, se evaporó mi reciente embriaguez de violencia. Me sentí como un quinceañero pavoneándose de su hipotética potencia viril. La pistola era un peso muerto, colgándome de la mano derecha con el caño dirigido hacia tierra.

No se oía un chistido. El cielo había vuelto a encapotarse, tan repentinamente que no lo advertí. Las ásperas facciones de Vodde desaparecieron de mi vista; pero el frío brillo de sus ojos persistió, imponiéndose a la penumbra.

—¿Cómo se atreve a apuntarme con un arma? —demandó.

—Y O... Lamento mucho... —expliqué, lastimosamente consciente de lo deleznable de mi justificación—. Pensé que era... algún ladrón, y...

—¡Bueno! Así que el amigo Poletti, del remoto Uruguay, se ha erigido en defensor de nuestros gitanos... ¿Tan distintas son las cosas en su tierra? ¡Porque ha de saber que por aquí son *ellos* los que le roban a todo el mundo! No se preocupe por su propiedad; ¡ellos la saben cuidar muy bien!... No es necesario que se moleste en ayudarlos.

Yo estaba hecho un tomate bajo las sombras. No podía disimular el haberlo reconocido al clavarle el caño de la pistola en el cuello —dado que lo había interpelado por su nombre—; y él lo sabía de sobra.

AHORA era su turno de deleitarse con mi confusión. Una oportuna grieta en el suelo, justo debajo de mis pies, me habría venido de perlas... Me incliné, con torpeza, para ponerme los zapatos, que aún mantenía en la mano.

—Perdóneme —le rogué, desde mi posición en cuclillas—. Acháqueselo todo a mi calidad de extranjero... ¡Aquí es todo tan distinto que en mi patria!... ¡Los lobos! —añadí, aferrándome con desesperación a la excusa—. En mi país no hay. Como sé que pueden ser peligrosos —me puse de pie— salgo siempre armado...

La luna apareció por entre el desgarrón de una nube, para revelar la irónica expresión de Vodde. Ambas comisuras de su boca se mofaban ácidamente de mi *faux pas*.

—Sí —repuso—. No recuerdo quién fue que me dijo que ustedes todavía andan por la calle con el revólver al cinto... ¿También conservan otras tradiciones? ¿Consejas..., supersticiones?

No sabía adónde intentaba llegar.

—Algunas, sí —dije, prudentemente—. ¿Por qué?

—¡Como veo que visitaba a la vieja Lavna...! —su voz se convirtió en un susurro—. ¿Ella le habló del... *hombre-lobo*? —agregó.

Quise captar en sus rasgos alguna clave de sus últimas palabras, pero las nubes ciñeron a la luna por completo, y la faz de Kurt Vodde se disolvió en la oscuridad...

(Continúa)

SIGUE: "LAS CARTAS DESCUBIERTAS"... ¡LA VERDADERA PERSONALIDAD DE ALGUNOS COMIENZA A MANIFESTARSE!... ¡SORPRENDENTES REVELACIONES, QUE DEJARÁN ATÓNITO AL PROTAGONISTA... Y A LOS LECTORES!... ¡UN CAPÍTULO DE IMPRESCINDIBLE LECTURA..., QUE ESTÁ A SU ALCANCE, EN ESTA MISMA PÁGINA! ¡REÚNAN TODO SU CORAJE... Y ADÉNTRENSE EN LOS RECOVECOS DE LA TRAMA!... (CON SÓLO UN "CLIC")...

ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos **policíacos**, de **fantasía** y de **ciencia ficción** en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el **cómic**, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

"*El Umbral de las tinieblas*" es copyright 1985-2016, Carlos M. Federici.

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com